

LA PRESENCIA DEL SEÑOR Y DEL ESPÍRITU SANTO EN LA ASAMBLEA

W. Trotter

Por importante que sea la doctrina de la presencia y obra del Espíritu Santo en la Iglesia, no hay que confundirla, sin embargo, con la presencia personal del Señor Jesucristo en la asamblea de los dos o tres reunidos a Su nombre.

Algunos pensaron que el Señor estaba presente en la asamblea por medio de su Espíritu, no distinguiendo entre la presencia personal del Señor y la del Espíritu Santo. Éste dirige y administra; no es soberano. Es el Señor quien es soberano.

Jesucristo dijo del Consolador, el Espíritu de verdad: «No hablará de sí mismo ... Él me glorificará. . . , tomará de lo mío y os hará saber. . . » Pero el Señor promete estar Él mismo allí donde dos o tres están reunidos a Su nombre. Está en medio de aquellos para los cuales se entregó a sí mismo, mientras que el Espíritu Santo ha sido dado y no se entregó a sí mismo.

Es de suma importancia retener la verdad de la presencia y obra del Espíritu Santo en la asamblea. Este hecho ha sido perdido de vista por la Iglesia, y es lo que motivó su ruina: ha sustituido la presencia y acción del Espíritu Santo por el clero.

Sería una gran pérdida para el alma y para la asamblea si la presencia personal del Señor, como Señor, fuese sustituida por la del Espíritu Santo, el cual no es Señor, sino Paraceto; esto es: Aquél que dirige y administra.

En Efesios 4:4:6 tenemos, en el vers. 4 la unidad vital, en el vers. 5 la unidad de profesión; en el vers. 6 la unidad exterior y universal; la primera en relación con el solo Espíritu; la segunda con el solo Señor; la tercera con el solo Dios. La primera unidad abarca a todos cuantos tienen la vida; la segunda a todos cuantos profesan el nombre de Cristo; los que tienen la vida se hallan pues allí en primer plano, mas esta segunda esfera puede abarcar lo que no es vital. La tercera unidad, vers. 6, abarca universalmente a todos los hombres, pero los hijos de Dios están allí en primera fila; Dios es su Padre y está en ellos, si bien exteriormente encima de todo y por doquier. Decimos que la segunda unidad (vers. 5) está relacionada con el único Señor; tiene autoridad sobre cuantos invocan su nombre, tengan la vida o tengan tan sólo la profesión. «Todos los que en todo lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y el nuestro» (1 Co 1:2).

En 1 Co 12:4-6, volvemos a hallar las tres mismas cosas: el Espíritu, el Señor y Dios. Hay diversidad de dones, pero es el mismo Espíritu Santo. Y si hay diversidad de dones, hay, por consiguiente, diversidad de servicios, y el mismo Señor. Los siervos han recibido del Espíritu Santo la distribución de sus dones (vers. 11), y desempeñan sus servicios bajo la dirección del Espíritu; mas como servidores están bajo la autoridad de su Señor, el cual no es el Espíritu, sino Jesús. El Espíritu reparte y dirige los servicios o ministerios, pero los servidores lo son del Señor.

Asimismo, si se trata de la Cena, es la cena del Señor. Es la muerte del Señor la que allí se proclama, es la copa del Señor, es la mesa del Señor (en contraste con la de los demonios). Es pues Él quien tiene allí autoridad para determinar quiénes deben participar en ella (1 Co 11).

Notemos, sin embargo, que es sólo por el Espíritu Santo que podemos decir: «Señor Jesús» (1 Co 12:3).

Pero, sin quererlo, podemos no reconocer la autoridad del Señor en la asamblea y sustituirla por la del Espíritu Santo, que no es Señor, sino el que administra de parte de quien es Señor.

La iglesia medieval cayó en otro extremo, sustituyó la administración del Espíritu Santo por la del hombre.

Conviene notar que en Mateo 18:18,20 el Señor no habla del Espíritu. Se trata de su autoridad de Señor, de Su nombre y de Su presencia personal. Por cierto, todo eso se realiza bajo la dirección del Espíritu Santo, pero no estamos reunidos al nombre ni en el nombre del Espíritu Santo, ni alrededor de Él. Si tan sólo se repara en la presencia del Espíritu Santo, perderemos la verdad de la presencia personal del Señor en la asamblea, y nos veremos obligados a hacer Señor al Espíritu Santo. Pero por el contrario, no podemos tener la verdad de la presencia personal del Señor como soberano, sin tener la verdad de la presencia y acción del Espíritu como Aquél que administra de parte del Señor que es soberano; sólo entonces tenemos todo cuanto precisamos.

Otra observación que hará resaltar lo que distingue la presencia del Espíritu Santo de la presencia personal del Señor en la asamblea de los dos o tres reunidos a su nombre, es que el Espíritu Santo puede hallarse —¡contristado, por desgracia!— allí donde el Señor no puede hallarse. En una asamblea sectaria, los santos que la componen tienen, sin embargo, el Espíritu Santo en ellos y con ellos. Pueden ignorar, o tan sólo pensar en su influencia, y Él está allí contristado, pero de hecho no los deja, no se marcha: «Permanece con vosotros y será en vosotros». Pero en cambio, el Señor Jesús no puede estar presente en una asamblea sectaria. En Mt 18:20 no se trata de su omnipresencia, porque en este sentido Él está presente por doquier indistintamente; pero si se trata de asambleas religiosas, el Señor no prometió estar en todas, sino exclusivamente allí donde su nombre es el centro y fundamento de la reunión: «Donde dos o tres se hallan reunidos a mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Y si Él está presente, es el que posee la autoridad, y el Espíritu la administración.

¡Ah!, si tuviéramos la íntima convicción de que el Señor está allí como Señor, que estamos allí en Su casa, ¡cuán solemne influencia no ejercitaría sobre nuestros corazones!, y al mismo tiempo, ¡qué seguridad y qué descanso! Qué libre sería entonces el Espíritu Santo de administrarnos los beneficios de Cristo, tomando de lo que pertenece al Señor para dárnoslo a conocer.

¡Qué inmenso privilegio de ser reunidos por el glorioso nombre de Aquél que vino, de Aquél que murió, de Aquél que resucitó, de Aquél que está glorificado a la diestra de Dios, de Aquél que nos envió al Consolador, de Aquél que desde allí viene a buscarnos!

Sí, es este glorioso nombre el fundamento de la reunión de la cual dice: «Allí estoy yo en medio de ellos». Este Señor, corporalmente ausente, se halla espiritualmente presente de modo positivo (y no sólo por su Espíritu) en medio de los que su nombre ha reunido. Está allí y no en otra parte, y ¡cuánta seguridad por que allí él es Señor!

Bajo la ley era Jerusalén, en virtud de la autoridad de Dios, el lugar divino para la adoración. Pero entonces vino el Hijo de Dios sobre la tierra. Dios ... «fue manifestado en carne» (1 Ti 3:16). «El unigénito Hijo ... le ha dado a conocer» (Jn 1:18). «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y ninguno conoce al Padre, si no el Hijo, y aquel a quien el Hijo resuelva revelarlo.» (Mt 11:27).

¿Quedaría esto sin influir en la adoración de Dios por parte de los hombres? ¿No se basa la adoración en el conocimiento de Dios?